

CUATRO CUENTOS SOBRE HAYKO JAKU

por Nishok Yu Wei (Argentina)



≡ Ilustración a partir de gravado. Sara Lamas

El estanque

Una mañana, los discípulos encontraron a su maestro de violín, el sabio y anciano Hayko Jaku, en medio del estanque parado sobre una hoja de nenúfar, contemplando una rana que también yacía inmóvil sobre otra hoja flotante. -¡¡Maestro Hayko!! -exclamó muy sorprendido y curioso uno de los discípulos- ¿Cómo es que logra mantener su peso sobre esa hoja sin hundirse en el agua?!

-No soy Hayko...-contestó el maestro con los ojos bien abiertos, sin apartar la mirada del anfibio- Soy la rana.

Los discípulos, confundidos, exclamaron alborotados y en espontánea sincronidad coral:

-¡¡Usted es nuestro maestro Hayko, no esa rana!!

Entonces el viejo levantó la cabeza, se miró las manos y se hundió en el agua.

Los discípulos esperaron que emergiera rápidamente, pero no fue así. Se produjo una larga espera e interpretaron que se trataba de una broma. Pero al pasar más tiempo aún, se sintieron realmente asustados. Entonces se asomaron al estanque y observaron a su viejo maestro mirándose fijamente a los ojos con un pez coi anaranjado.

Una nota

Los discípulos le plantearon a su anciano maestro una dificultad que se les presentaba en la práctica del arte del violín.

En nombre de todos, uno habló:

-Maestro, nos representa una gran dificultad mantener durante varios segundos una nota en el instrumento sin que esta oscile, pierda su pureza y su riqueza en armónicos. También lograr que esta represente una línea imaginaria recta y pareja de principio a fin.

El sabio maestro Hayko Jaku tomó su violín y tocó una cuerda con su arco apenas unas décimas de segundo.

La nota quedó sonando por toda la eternidad.

El duelo

Una mañana, un hombre llegó hasta la casa del maestro Hayko Jaku, trayendo el mensaje de un viajero; un músico, también violinista, que venía recorriendo pueblos y aldeas recogiendo gran fama por su virtuosismo con el instrumento.

Su nombre era Namu Yikaro y había escuchado hablar del anciano maestro y de su prestigio en el arte del violín. Ahora se encontraba en el pueblo de Pay Lao con intenciones de retar al maestro a un duelo musical y dar un espectáculo público en la plaza central.

El mensajero, en presencia de los discípulos, le dio el recado, por el cual convocaba a Hayko Jaku esa misma noche a la hora en que la luna se asomase por detrás de la montaña Lani Jao.

Después que el mensajero se hubo retirado, los discípulos le pidieron al maestro, con tremenda euforia, que asistiera al desafío. Sus rostros expresaban gran entusiasmo y motivación, pero a uno de ellos, llamado Ramu Tyao, parecía no importarle.

-Iré -dijo el maestro- Deseo escuchar el arte del viajero y sobre todo porque quiero estar presente mañana al amanecer, el primer día de la primavera. Amo ese antiguo almendro que creció en la plaza; cuando era niño solía prepararme en él y jugar sobre sus ramas. Somos buenos amigos.

Todo el pueblo estaba ahí. Empezó Namu Yikaro y tocó con un virtuosismo prodigioso durante dos horas mientras la luna recorría el cielo en dirección al oeste para esconderse luego en el bosque de cedros de Pay Lao.

El primer concierto terminó entrada la madrugada, cuando se descubrían por el este, detrás de la montaña, los primeros rayos de la aurora.

El público estaba eufórico y enardecido. Gritaba, aplaudía y pronunciaba el nombre del vir-

tuoso músico, que se mostraba impetuoso. Con un gesto elegante y reverente pero desafiante, invitó al maestro a que demostrara su arte.

Mientras tanto, dentro de los discípulos pasaban diferentes pensamientos y emociones. El joven Nasuto Yimaho fue invadido por una profunda angustia, amaba a su viejo maestro y temió que este fuese humillado ante tanta gente, de sus ojos brotaron lágrimas. Kimani Soki, deslumbrado por el arte de Namu Yikaro, consideró la posibilidad de abandonar a Hayko e ir tras el viajero para convertirse en su aprendiz. La mente de Najiko Saji estaba llena de dudas y confusión, sentía su cuerpo lleno de calor y su corazón latía con fuerza dentro del pecho. Lala Po había disfrutado del espectáculo pero sentía un poco de cansancio; no entendía por qué los hombres se retaban a duelo. Javo Singh había comprendido los recursos técnicos del virtuoso violinista y creía posible poder aspirar a ese nivel; se preguntaba qué devolución haría su anciano maestro. Kokori Goby en cambio no había podido sostener la atención durante todo el concierto, por momentos hasta se había dormido, sabía que Hayko tocaría algo hermoso que sorprendería a todos. Ramu Tyao se sentía aliviado de que hubiese concluido tan intrincado y complejo concierto y contemplaba silenciosamente los colores del alba que anunciaba la llegada del primer día de la primavera.

Era el turno del maestro Hayko Jaku, quien se ubicó de espaldas al público y mirando al viejo almendro de la plaza. Tomó su violín, respiró y dio un concierto breve que duró lo que el sol tardó en asomarse por detrás de la montaña Lani Jao.

El silencio daba la sensación de que se podía escuchar la respiración de todos los presentes. Sobre el rostro de muchos corrían lágrimas.

El virtuoso Namu Yikaro se inclinó a los pies de Hayko Jaku.

Ramu Tyao contemplaba el nacimiento de las flores del almendro.

Tan creativo como la nariz

Ramu Tyao fue criado por el maestro Hayko Jaku dado que su madre, hermana del maestro, había fallecido de una enfermedad respiratoria cuando Ramu apenas tenía 3 años de edad.

Un día los discípulos quisieron saber por dónde buscar para hallar la fuente de su creatividad.

Acostumbraban sentarse a escuchar tocar a Ramu Tyao por horas, quien después de almorzar se ponía a improvisar, crear y tocar infinitas melodías, las cuales quizás nunca volvía a repetir.

Tal vez hacía una pausa y reía con una carcajada fresca o su rostro se empapaba de lágrimas de llanto hondo. Luego continuaba con el violín.

Después de tocar se recostaba en el suelo a mirar los ácaros que volaban y jugaban en el grueso haz de luz que entraba desde la ventana a esa hora de la tarde. Su mirada y la postura de su cuerpo lo asemejaban a un gato.

Ramu Tyao, lejos de despertar envidia y celos en sus compañeros, generaba curiosidad e inspiración. Esa música tenía una cualidad muy particular y sus corazones sedientos deseaban conocer la fuente de donde provenía toda esa bella creación.

-Maestro Hayko -planteó Kimani Soki mientras Ramu Tyao intentaba atrapar los ácaros que se alborotaban escandalizados en el aire-, háblenos por favor de la creatividad, de la improvisación. Queremos encontrar nuestra voz, nuestra propia música, así como lo hace Ramu.

El maestro tomó su violín, tocó dos notas y dijo: -Dime qué toqué, Kimani.

-Un si y un re sostenido, querido maestro. Una tercera mayor.

Tocó luego otras dos notas

-Dime qué acabo de tocar, joven Nasuto.

-Eso fue una oncena. Un sol, y la segunda nota, un do.

Tocó luego un intervalo descendente y le preguntó a Najiko Saji qué había tocado.

-Eso es un re y un la bemol, o sea, una cuarta aumentada -contestó Najiko.

El maestro tocó solo una nota esta vez y le preguntó a Ramu Tyao:

-¿Qué acabo de tocar, Ramu?

Este, volviendo apenas de su abstracción, contestó:

-Jamás había escuchado esa nota... Es puro misterio y hermosura.

-Lo que expresa Ramu es verdad -comenzó diciendo Hayko, apaciblemente- Él no está jugando con las palabras, no es un poeta. Ha perdido la memoria y el conocimiento. No sabe, no conoce. Solo así, perdiendo todo y volviéndose inocentes, su música podrá estar viva y fresca o, mejor dicho, únicamente eso es música. No pueden crear, sino ser creación. No pueden encontrar esa fuente a menos que ustedes recuerden que la fuente y ustedes no son dos... Por lo tanto, tienen que perder la memoria para recordar.

-Ustedes mismos son notas, son como esos ácaros transparentes moviéndose dentro de la luz. No se preocupen. Su sed, su amor, como el fuego, va a ir destrozando su conocimiento, va a ir quemando todos los trastos viejos que han juntado. Pronto su corazón será lo único que podrán oír. Allí los veré, blandos, con los huesos flexibles como cartílagos, y su violín será como una nariz estornudando silencio sin aviso, instantáneamente. ■

JAPÓN: ARTE, PAZ Y PASIÓN

por María Sandra López Fernández



✧ Debuxo de Sara Lamas

对比 (Contrastes)

Por María Sandra López Fernández

naces da noite,
triste ardor de choiva;
farémonos luz

escucho su voz:
en el límite viven
ella y el mundo

na negrura é
unha bágoa etérea
respirando a túa luz

nos susurraban
con latencia universal
los corpúsculos

Japón es un país que para los occidentales resulta exótico y desconocido debido, fundamentalmente, a las grandes diferencias que existen, por ejemplo, a nivel cultural. Dado que aproximarnos a la totalidad de creencias, saberes y costumbres del mundo japonés sería cuando menos inabarcable, nos centraremos en aportar una visión general de las tres artes clásicas de refinamiento japonesas.

El arte del arreglo floral o *ikebana*.

El término *ikebana* (生け花), que significa “flores vivas”, hace referencia al arte de la reproducción de la naturaleza con una importante carga de frescura y vitalidad, es decir, el artista logra que ésta cobre una nueva vida como elemento ornamental. Para llevar a cabo esta compleja tarea se emplean materiales naturales tales como plantas, hojas, ramas, frutos o semillas con los que se busca, a través de su disposición, causar distintas sensaciones y emociones en aquellos que vislumbren la obra.

Si bien el principal interés es mostrar la belleza de la naturaleza a través de estas composiciones minimalistas, los artistas jamás dejan a un lado la filosofía y la espiritualidad japonesa puesto que, además de un arte, el *ikebana* se considera una terapia que permite disfrutar de la naturaleza dentro del propio hogar al tiempo que nos lleva a la meditación, a la reflexión y a la necesidad de respetar y apreciar con nuevos ojos todo aquello que nos rodea.

El arte del incienso o *kōdō*.

El término *kōdō* (香道), que podría traducirse literalmente por “la vía del incienso”, hace referencia al arte que, buscando la perfección combinada con la espiritualidad religiosa se vincula, además, a la literatura y al ocio, en algunas ocasiones, a través de juegos como el *kumikō*. Concretamente, éste consiste en leer un poema del que se pueden extraer una serie de imágenes asociadas a un determinado aroma que deberá, con la mayor rapidez posible, ser identificado correctamente; el ganador, en algunas ocasiones, obtiene una certificación por haber alcanzado la máxima nota en la identificación de las distintas fragancias.

Si bien se trata de una actividad destinada al disfrute y a la valoración de los aromas, los japoneses la conciben, a su vez, como una tarea virtuosa que permite, entre otras cosas, alcanzar la paz, relajarse y purificar el cuerpo y la mente.